

LITERATURA Y SOCIEDAD: UN AMOR IMPOSIBLE

Benjamín Valdivia*

*Investigador nacional, SNI nivel II,
 Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua
 y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española,
 Coordinador del Doctorado en Artes de la Universidad
 de Guanajuato.
benjamin@valdivia.com.mx

El lenguaje, que es la base ineludible de toda obra literaria, es una construcción social: los vocablos y los significados, cuando llegan a tiempo para constituir la obra, tienen ya el exceso de manoseos comunitarios que los distinguen. Una palabra simple y sola, al parecer inocente, ha besado ya muchas bocas. Demasiadas, quizá. Pero nosotros, seres adictos a

lo gregario, queremos ser parte de esa promiscuidad oral y la traemos para que sea parte de nuestra historia personal, que también es promiscua y desordenada.

Las palabras, por esa misma cualidad colectiva, tejen la red invisible del idioma y permiten que otro reconozca el sabor del vocablo cuando lo acomodamos en el texto. Tejido:



Disimulo

texto. Mediante la literatura se anudan los tejidos sociales y se da cuerpo histórico a las memorias de la comunidad. Si bien el habla nos permite los imprescindibles acercamientos entre los interlocutores, es en la literatura donde dichas aproximaciones comunicacionales formarán un cuerpo tangible. Las relaciones de oralidad, por su propio carácter fugaz, tienden a desaparecer en lapsos históricamente minúsculos; la textualidad, en cambio, se aferra a sus condiciones materializadas para impedir que a las palabras se *las lleve el viento*.

Entre la oralidad, que es forma privilegiada del mundo cotidiano, y la textualidad, que formaliza el contrato para el futuro del decir, hay mutuas dependencias. Frases que ardieron en la literatura más alta son ahora moneda corriente. Así, la expresión “Todo tiempo pasado fue mejor” se nos antoja una evidencia de carácter paremiológico, brotada de la sabiduría de ese pensador múltiple que es “el pueblo”.

Sin embargo, es más que probable su origen en el poema de Jorge Manrique, de pleno siglo XV: “cualquiera tiempo pasado / fue mejor”. No nos detendremos en cómo se transformó ese “cualquiera” por el actual “todo”, producto de la economía generalizante que envuelve *todo* saber popular (a la vez destruye el verso octosílabo del original).

Otro ejemplo semejante sería la frase “Todo es según el color / del cristal con que se mira”, acuñada para pagar

Verdad y sociedad se identifican en las aspiraciones de la literatura

un relativismo que se antoja paradójico frente a las deseadas generalizaciones de la conversación cotidiana. Sabemos, desde luego, que el par de versos se origina

en la humorada de Campoamor, aunque es de raigambre más antigua. En fin, la frase “Ladran, Sancho, luego cabalgamos”, popularmente atribuida a don Quijote, aunque es expresión que no se encuentra en el libro de Cervantes. Basten esos ejemplos para considerar el impacto que la literatura tiene en la sociedad: incluso sus mentiras o fallos expresos se nimban de un carácter literario. Es “más refinado” decir las cosas como alusión

literaria, a la que se atribuye mayor autoridad o prestigio.

En sentido inverso, la literatura cíclicamente ha pretendido tocar la fibra de la vida y, en esa dirección, revelar las verdades de la realidad, las cuales sabemos que son siempre las verdades de la sociedad. Verdad y sociedad se identifican en las aspiraciones de la literatura: se trata de



Búsqueda

decir lo que aquellas le revelan a ésta: las relaciones entre los personajes de una novela o entre los vocablos y resonancias de un poema son en cada caso una demostración de socialidad, ya sea desde el orden de las intrincadas fórmulas de trato humano o desde el orden de las aún más intrincadas visiones, imaginaciones y usos del idioma.

El gran peso cultural de Shakespeare no acontece sólo por la grandeza de su manifestación verbal, poderosa en su iluminante dinámica, sino por la fuerza con que hace visibles los hondos lazos sociales. La ingenua torpeza confiada del rey Lear sigue siendo un modelo para no perder la prudencia; el trágico fin de los amantes herederos de fortunas enemigas, en *Romeo y Julieta*, aboga por la comprensión de las diferencias; o bien la precisión del rigor de la justicia ante la negación de la misericordia, en el *Mercader de Venecia*, habla a favor del ánimo conciliador, esto por evocar algunos de los prototipos más impresionantes, todos ellos valiosos en su estatuto literario, pero impactantes por su revelación de los nexos más internos de la sociedad.

En temas, tanto como en estilos y recursos, la literatura se entrega a su fuente, que es la sociedad. Incluso llega a los extremos de pretender convertirse en el espejo de ésta. O también se ufana de surgir en el lugar mismo de los acontecimientos sociales. Es bien sabida la leyenda de que Tolstoi se instalaba en la plaza del pueblo para tomar de primera mano la pulpa del ser múltiple que es la sociedad (esa masa denominada por Shakespeare “la bestia multicéfala”). En la misma línea rusa, Máximo Gorki postula que se debe tocar en la obra literaria directamente el mundo de la gente, incluyendo sus anhelos y

dificultades. Y, en una postura más extrema, Valdimir Maiakovski afirma que el poeta debe armarse de su máquina de escribir en la canastilla de una bicicleta y dirigirse a toda velocidad hasta donde el hecho social está sucediendo, para convertirlo directamente en un hecho literario.

Se debe tocar directamente el mundo de la gente

Sin embargo, estas visitas a la inmediatez literaria posible desde la realidad, asumidas por autores de fines del siglo XIX y principios del XX, palidecen del todo al llegar a las formas de expresión en tiempo real, entre los artilugios digitales y los medios de información instantánea, que literalmente van en su bicicleta aviónica y sus cámaras de gran definición para darnos inmediatamente la imagen mediada y mediática del mundo conforme acontece. ¿Ha padecido la literatura ante el embate de la visualidad mediática? No más que ante cualquier otro elemento brotado del despliegue histórico. En las redes sociales y otros vehículos de expansión socializada de la personalidad en máquinas digitales, es claro que la literatura sigue adelante y utiliza el nuevo recurso tecnológico para hacer visible otra vez el antiguo recurso literario: la imaginación verbal.

Por eso es que las novelas recientes incluyen los aparatos y usos propios de la comunicación informatizada. Y, a su vez, estos aparatos han permitido la ampliación de las potencias de recepción de las nuevas obras. El problema literario, en esta conexión, se entrelaza al problema tecnológico: la palabra, en tanto los significados son mercancía social, separa a las personas al igual que los demás elementos económicos: los hay dueños de

las palabras y los hay indigentes de palabras. La literatura, en la historia, se adapta a los alcances de la circulación social de los significados. Así que la expresión literaria se vuelve un asunto de clase social: tienes o no tienes las capacidades –interiores, culturales, educativas, estéticas–, para adquirir el signo literario.

Claro que el lenguaje es un bien difundido ampliamente; sin embargo, el idioma no es la literatura, es apenas el material contra el cual debe aplicarse la fuerza ordenadora que producirá la obra literaria, precisamente al transformar el lenguaje común. La literatura siempre será una superación del lenguaje natural que la sociedad utiliza en todas sus demás transacciones.

En ese sentido, el lenguaje literario se retira del social tanto como lo hace el lenguaje científico, aunque su evidencia no es tan marcada formalmente. No obstante, y debido a esa misma formalidad, el



Espectro

La expresión literaria se vuelve un asunto de clase social

lenguaje científico es más fácil de aprender que el poético, pues responde a reglas fijas y sus contenidos son progresivos, en tanto la poesía modifica sus reglas, y sus contenidos son alternativos.

Desde el punto de vista de la técnica composicional, la literatura se separa del lenguaje natural, por lo que no cualquier

No cualquier miembro de la sociedad puede "hablar literatura"

miembro de la sociedad puede "hablar literatura". En todo caso, son notables los grados de separación entre una literatura muy cercana al idioma natural y otra muy retirada. Esta última se conoce como literatura de élite o de las bellas artes, mientras la primera es reconocida como literatura de tendencia popular.

La literatura, de suyo, se deslinda del lenguaje social; y dentro

de la literatura encontraremos formas más cercanas o más lejanas a ese límite idiomático. Esta misma situación es la que presenta la acumulación histórica de artefactos literarios: por una parte, los objetos literarios del pasado sirven únicamente a los fines de la élite: la erudición y el placer de la comprensión de textos anteriores a nuestra época es asunto plenamente minoritario en la sociedad; y por otra parte, son esas acumulaciones literarias del pasado lo que, como vimos, da sustento a una tradición que se vuelve popular mediante la asimilación y el anonimato de sus fuentes.

En la poesía mexicana actual, en cierto momento se delimitaron falsamente dos tendencias que se quisieron hacer ver como contrapuestas en las figuras de Octavio Paz y Jaime Sabines. Lo cierto es que ambos autores acuden a una expresión de élite, con mayor o menor distancia ante el idioma de la gente. Ninguno de ellos es un poeta popular en el sentido en que lo son los rimadores de

Ni Paz ni Sabines se acercan a ellos

pueblo. El *Vale* Bejarano, el *Negrito* poeta, el trovador Arcadio Hidalgo, entre otros millares de poetas y cuenteros que no han trascendido con sus nombres (aunque hayan perdurado con sus rimas y hecho continuar las historias comunitarias), son literatos populares. Ni Paz ni Sabines se acercan a ellos. Ambos son autores de obras elitistas. La sociedad, con suerte, los asimilará o los olvidará en algún futuro. Y eso nos pone en el punto exacto donde converge la expresión literaria popular, la de élite y los medios informáticos contemporáneos: literatura y sociedad se requieren mutuamente, se necesitan para encontrar el sentido de su significado. A la vez, la literatura le habla a la sociedad,

necesariamente, con un lenguaje que en algún respecto desborda las formas comunes del idioma que le precedía. Aunque todo objeto literario sucede en un medio social, nunca la sociedad en conjunto podrá asimilar los mismos objetos. La diversidad social implica la diversidad literaria; y esas diferencias internas de sociedad y literatura impiden una coincidencia generalizada. Esto es más claro si consideramos la pluralidad de las lenguas naturales: árabe, aymará, chino y español, por ejemplo, llevarán a obras que tienen más aspectos semejantes en cuanto literarias que en cuanto idiomáticas.

La literatura tenderá intermitentemente a la revelación del ser social; la sociedad continuamente buscará asimilar los objetos de la literatura. Esta necesidad mutua, como un amor imposible, no parece tener una solución simple. Lo que sí podríamos asegurar es que la sociedad formará tantas modalidades de literatura cuanto sean necesarias para satisfacer las necesidades de significación de todos sus miembros, tal como lo ha venido haciendo desde que a alguien, allá en el traspatio oscuro de la cultura y de los tiempos, se le ocurrió proferir un sonido articulado y decir con él lo que hasta entonces había sido imposible. ■